

## igualdad

La Convención Internacional sobre los Derechos de la Infancia protege a los bebés con los mismos derechos que a vos y que a todos los chicos y las chicas menores de 18 años. Así lo dice en el artículo 1.

Aunque los varones y las mujeres sean diferentes, aunque algunos amigos y amigas tengan un color de piel distinto, y aunque opinemos cosas diferentes de los demás, ante la ley somos todos iguales y tenemos los mismos derechos; lo reconoce la Convención en su artículo 2.

*Alguien*

---

*diferente*

---

**Luis Salinas**

**L**os bebés no me gustan. Es decir: muy bebés está bien porque no molestan; duermen todo el tiempo, menos los ratitos que lloran, cuando les dan la mamadera y cuando los cambian. Abren los ojos, abren la boca, lo que no quiere decir nada, y los grandes chillan, aplauden y se ríen. Después dicen que el bebé hizo tal o cual cosa. “Me miró, me sonrió”, dicen; pero el bebé no quiso hacer nada. La boca se le abrió sola. Los bebés no piensan, porque no tienen cerebro. Yo sé que tengo cerebro porque siento el ruido de los pensamientos y de los recuerdos, ahí dentro. Lala no tiene cerebro.

Tiene los aritos en las orejas, para que se sepa que es una nena, porque es redonda y pelada y se hace caca encima,

como cualquier bebé varón. Mi papá y mi mamá se pelearon para ponerle los aritos. O sea: mi papá para ponérselos y mi mamá para que no se los pusieran. Ganó mi papá. Mi mamá decía que era una crueldad perforarle las orejas, y mi papá que no dolía nada, y mi mamá que él cómo lo sabía. Pero mi mamá usa aritos, así que papá se salió con la suya. Ahora la alza, y dice: “¡Mi minón! ¡Vas a enloquecer a los hombres!” Está loco: si no le hubieran puesto aritos, nadie se daría cuenta nunca.



Lala está más grande y hace ruido, pero no son palabras. Hace así: ¡¡Pffss!! ¡¡Prrrr!! También hace unos ruiditos con la “L”; lale, lalelí, una cosa más o menos... por eso le decimos “Lala”, pero se llama Silvana, que nada que ver. También sonríe y se ríe, se nota que más a propósito, pero conmigo no. Sigue sin parecer una nena. A lo que más se parece es a Curly, el gordo de “Los tres chiflados”. Cuando consigue atraparse un pie se pone bizca y seria, como Curly, se lo mira un rato y después hace fuerza para meterse el dedo gordo en la boca. Mamá dice que está enamorada de sus propias patitas. No tiene cerebro.

Cumple todos los meses. Todos los días 12. Hace rato que pregunto cuándo es mi cumpleaños y me dicen que falta un montón. Yo tengo un día, el 29, y un mes, junio, o sea que Lala cumple un montón de veces por cada cumpleaños mío. Todavía duerme un toco, y si entro en mi pieza mientras duerme me retan. Claro que mientras estoy dentro no me pueden gritar, o me gritan en silencio. Mamá abre la boca y hace caras de grito, pero sin voz. Quiere decir “Pablo, salí de acá que te voy a matar!”, hago como que no entiendo y le pregunto en voz alta:

—¿Qué?

Entonces mi mamá enrojece, cierra la boca y me echa con el brazo, como los referís.

Mi pieza ya no parece mi pieza. Hay un rincón repleto de horribles cosas color cremita y rosa y en el medio de todo eso está Lala. Ahora mismo estoy entrando en mi pieza (mamá lava ropa en el lavadero) y veo otra vez, sobre mi espada de Guerrero de las Estrellas, un lacito rosa con un corazón rojo que tiene puntillas blancas. Mamá se lo sacó a un conejo que le regalaron a Lala, porque se metía el corazón entero en la boca y deshilachaba el nylon. El problema es que después no sabe dónde ponerlo –porque desde que nació ésta, mi pieza está repleta de cachivaches– y termina por dejarlo siempre en el mango de mi espada. El día de mi cumpleaños sacaron a Lala de la pieza, pero el corazón estaba ahí y cuando dije de jugar a los Guerreros de las Estrellas, David lo vio y dijo:

–Mejor jugamos a la nenita de las estrellas.

David es un compañero de segundo. Me dijo que ni Lala ni las demás mujeres tienen nada ahí donde nosotros tenemos el pito. Lo dijo una vez que estábamos en el patio con Luciana. No entendí por qué, pero se pelearon.

–¡Sí que tenemos, estúpido! –contestó Luciana. Después que se fue David, Luciana lloró un poquito y como a mí no me gusta verla llorar, le dije que no se preocupara, que seguramente cualquiera se puede poner uno en el hospital. Entonces, Luciana se peleó conmigo, que la había tratado bien. Así son las mujeres.

Ahora entro muy despacio en la pieza, a buscar mis juguetes. Hoy no tengo ganas de que me griten por despertar a la bebé. Pero Lala está despierta, ¡una vez que me estaba saliendo bien caminar como los policías de las películas cuando van a capturar a alguien! Está desnuda y juega con sus patitas.

Hace el ruidito que conté: ¡¡Pffff!! ¡¡Pprrr!! ¡¡Pplll!! No es cierto que no tengan nada. Lala tiene una cosa. No es un pito como el mío. Es otra cosa. Quién sabe, capaz que todas ellas son así.

–Pppa-lo...

–¿Qué? –digo sin pensar. Después la miro. Sigue agarrándose los pies con las manitos, desnuda y boca arriba. ¿Habló? Ahora no dice nada pero sonrío, me sonrío a mí. Debe ser porque no hay nadie más cerca.

–Pppa-lo...

No puedo creerlo. Habla, o sea que algo piensa.

–Palo –dice Lala. Ese soy yo. Grito:

–¡Mami! Mi hermana habló. ¡Y adiviná lo que dijo!

